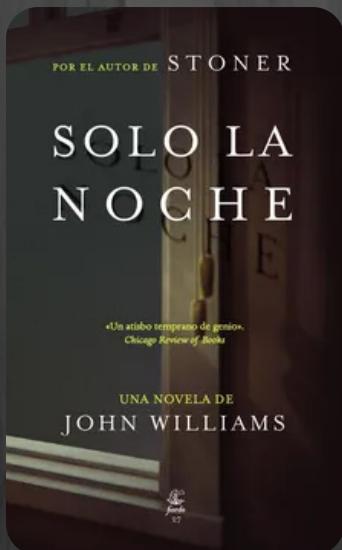




COMIENZA A LEER...

**JOHN
WILLIAMS**



EN ESTE SUEÑO DONDE NO TENÍA GRAVIDEZ ni vida, en el que era una omnipresente bruma de conciencia que bullía y vibraba en una vasta extensión oscura, no había al principio ninguna sensación, sólo una especie de apercepción tenue, sin ojos, acéfala y remota, cuya habilidad singular era diferenciarse de la oscuridad.

Entonces una noción más clara empezó a crecer dentro de él, una especie de gratitud por el ser insensible que era en sueños. Sin palabras, sin pensarlo, le resultó tan entrañable que, de haber tenido alguna opción, habría elegido permanecer para siempre en ese vientre ciego y vacío.

Pero la extraña condición del sueño es que el que sueña carece de poder. Aunque a menudo da la sensación de que posee tremendas habilidades, facultades inconcebibles en la vigilia, si el soñador examinara su mente que sueña, explorara el mundo de su sueño, sabría que el único poder que tiene es el que conviene al sueño, el estado en el que existe. Es el instrumento de un oscuro embaucador, un pequeño bromista sombrío que crea mundos dentro del mundo, vidas dentro de la vida, cerebros dentro del cerebro. Todo su poder ilusorio proviene de este alegre guionista cuyo capricho es conceder algo y quitarlo.

Así que empezó a sentirse un tanto inseguro en esa suspensión; y a medida que recuperaba la conciencia la gratitud amainó, y la susceptibilidad se impuso con tal fuerza que, de pronto, en una transición ilógica, descubrió que ya no era perfecto en la vasta oscuridad, sino algo, una identidad imperfecta y viva en un opresivo mundo de luz que emergía del vacío.

Por un instante no reconoció el lugar donde se encontraba, todavía animado por una oleada fantasmal de desapego. Era una sala grande, sutilmente iluminada, vibrante de gente, calurosa y densa. A su alrededor,

las paredes se alargaban hacia el infinito. Eran de un color *beige* claro, con elegantes guardas en tonos pardos, y estaban adornadas con cientos de pinturas estridentes e insignificantes. Había una atmósfera, un aura elusiva que le era bastante familiar, pero que no podía nombrar. Si hubiera podido hacerlo, se habría mezclado con las personas esparcidas en la sala, podría haberles hablado y preguntado cosas, pero sabía que no actuaba por voluntad propia. Todavía estaba a merced de la inteligencia del sueño y hasta que esa inteligencia no tomara alguna decisión, él no podría hacer nada.

Sin embargo, desde su dimensión escindida podía observar al conjunto de personas en la sala. Las vio como si se retorcieran y posaran sobre una placa de vidrio ante un microscopio extraordinario. Observó sus máscaras festivas, su fingimiento, las sonrisas falsas y redundantes que dejaban ver por un momento la cavidad bucal, encías húmedas y rosadas, el esmalte azulino de los dientes recién cepillados; la nefasta retracción muscular que fijaba las facciones en una red de muecas y arrugas, un experimento anatómico diseñado para encantar.

Y vio a los hombres corpulentos, voluminosamente engalanados en sus trajes abultados y protuberantes, exhalando palabras a través de nubes de humo de cigarros y del aroma delicado de la ginebra y el vermut. Y la serie interminable de mujeres parecidas entre sí; extensiones de pechos y muslos monótonamente descubiertos en vestidos ceñidos, caras borrosas e irreconocibles, voces vacías y aflautadas.

Y de pronto recordó dónde estaba. Sin advertencia recuperó el conocimiento y lo asumió sin objetarlo. Era la casa de Max Evartz. La conocía bien. Hizo una pausa en su escrutinio y miró a su alrededor buscando a Max; miró y antes de ver supo que no lo encontraría. Uno nunca veía a Max en sus fiestas. Su fuerte presencia se evanecía cortésmente cuando empezaba la fiesta y ya no se lo volvía a ver. Era un anfitrión prudente y efectivo.

Cuando al fin reconoció el entorno, otras cosas entraron en la órbita de su recuerdo. Conocía a aquellas personas, a todas ellas. Su mente podía ordenar y examinar las caras, recordarlas y clasificarlas. Y a medida que la memoria se arraigaba, su estado de abstracción se desprendió de él como

una capa enorme y se sintió arrastrado irresistiblemente hacia el agitado remolino de la realidad, sintió que se convertía en una fracción ínfima de la multitud.

A continuación vio al joven. Y mientras una parte de su mente se maravillaba de la familiaridad insistente de su rostro, otra parte se impregnaba de una intensa certeza, una conciencia ineludible e impronunciable de las razones que lo habían llevado hasta ahí y que explicaban por qué observaba y lo que vendría.

El joven estaba solo sentado en una gran silla en un rincón de la sala. El pelo rubio lacio le caía lúgido sobre la frente, y a veces una mano delgada se elevaba distraídamente y hacía el gesto inútil de tratar de volverlo a su lugar. Tenía un cuerpo menudo, y una pequeña joroba, visible incluso cuando estaba sentado, hacía más notoria su estatura. Era pálido, pero su palidez sugería algo más que una mera falta de luz solar. Su piel parecía recubrir una almohadilla pastosa; daba la impresión de que si un dedo inquisitivo fuera a tocar la carne de su cara, la piel mantendría la forma del dedo, como si careciera de la elasticidad normal de los músculos sanos. Un sorprendente par de labios color sangre contradecían esta inusual palidez. No era exactamente un rojo sensual, ni un rojo malsano. Al contrario, era la única característica saludable de un semblante enfermo en todos los demás detalles.

Se lo veía con frecuencia en las fiestas de Max, pero incluso para un observador sin la agudeza suprema del visionario, era obvio que no encajaba en ese ambiente. Parecía ocupado en una inquietud interior que no le permitía estar en paz consigo mismo ni con los demás. Se quedaba en el borde de la silla, tenso, como a punto de huir despavorido. Sin embargo, con frecuencia se lo veía ahí y en otras reuniones similares, siempre como un extraño atormentado, como un inadaptado. Y sin falta cada vez, sobre él pendía esa incomodidad.

Y el que soñaba se preguntó, ¿quién conocía a ese hombre? ¿Quién sabía su verdadera identidad? ¿Quién estaba al tanto de dónde venía, cuál era su destino? Ése era un verdadero desconocido, pensó el soñador: no el hombre que nunca hemos visto, el que no nos hemos encontrado, no la cara vislumbrada brevemente en la calle atestada, ni la oscura voz oída alguna

vez al pasar; tampoco el rostro extranjero sobre el que hemos leído: no. Éste, aquel que conocemos demasiado bien para pasar por alto, a quien hemos visto tan seguido como para prestarle atención. Éste es el verdadero desconocido de las calles, ésa tensa figura acurrucada, de cabello rubio, sentada en una silla en el rincón de una sala, inadvertida y sola.

Porque pasaba inadvertido y estaba solo, y nadie sabía quién era. Algunos tal vez sabían su nombre, y eso era todo. Nadie entre los presentes conocía los hechos básicos, esenciales de su vida. Se los juzgaba insuficientemente relevantes; a nadie le hubiera interesado considerarlos, mucho menos investigarlos.

Para esa gente era un ruido vacío, una inocua perturbación.

El que soñaba recordó un episodio. Recordó al joven, nervioso en medio de la sala de Max Evartz, parpadeando agitado, con los dedos inquietos sujetando una copa, absorbiendo todo lo que pasaba con la intensidad concentrada de un búho miope. Ésa era su predisposición y su actitud habitual. A veces se quedaba así durante casi media hora, sin moverse, sin decir nada, escuchando la charla incomprensible a su alrededor. Entonces un comentario casual que llegara a sus oídos podía hacerlo estallar, y de pronto daba un pisotón y empezaba a los gritos en una actitud despectiva y de maltrato a los semblantes que no salían de su asombro. Su propio rostro se concentraba en una mueca de franco disgusto, los delgados labios rojos se le retorcían, húmedos, y un toque rosado de exasperación teñía la malsana superficie de sus mejillas. Mientras las personas se alejaban de él, como hacían invariablemente, no se contentaba con interrumpir su arenga irascible. Las seguía por la sala, y su maltrato se transformaba con tal sutileza en súplica y desesperación que nadie jamás lo notaba.

Después, tan de repente como había empezado, se detenía. Se quedaba mirando sombríamente a las personas a las que había increpado como si fueran intrusos indeseables. Luego se ponía a dar vueltas, dejándolos desorientados, asustados, un poco avergonzados, y se iba a su rincón. Ahí caía en un silencio comatoso que podía durar cinco minutos, a veces una hora, y casi siempre el resto de la noche. Durante ese rato era inútil tratar de revivirlo. Parecía ignorar toda existencia salvo la suya, silente.

Así que ahora el que soñaba observó a la figurita pálida en la silla desproporcionada. Y mientras miraba, el presentimiento de un desastre inminente creció con fuerza dentro de él. Quiso huir y abandonar ese lugar, pero se encontró inmovilizado, el más mínimo poder de movimiento usurpado por el pequeño demonio del sueño. Se puso de pie en pánico cuando de pronto, más repentinamente de lo que podría haber imaginado, el sueño se malogró. Una gran explosión de luz cegadora dejó un impenetrable vacío de oscuridad; y de la oscuridad, amplificado, emergió el ruido de la gente. Gritaban sin control, lascivamente, con odio concentrado, y él supo por qué.

Entonces la oscuridad se disipó. Y en eso vio a todo el mundo, toda la gente que en la sala había estado sosegada, amontonarse sobre la enorme silla en el rincón, golpeando con furia insensata a la ignorante criatura acurrucada. El que soñaba estaba dentro de ese círculo humano, muy cerca del joven pálido, y a medida que la gente presionaba hacia dentro y él se sentía empujado en esa dirección, encontró de repente la fuerza de gritar, recuperó la energía de moverse y luchar. Pero no podía salir del círculo, la gente lo apretaba inexorablemente y su fuerza no llegaba a vencer el peso de sus cuerpos comprimidos. Seguían empujando y empujando, hasta que estuvo tan cerca del joven que pudo ver la textura de su piel, las venitas que se entrelazaban en los párpados de sus ojos cerrados, resignados. Trató de encogerse de nuevo en un último esfuerzo desesperado para evitar el contacto fatal con ese cuerpo, pero fue inútil. Un poderoso tironeo común lo empujó hacia delante y sintió que una parte de su cuerpo tocaba al joven, y entonces lo supo: en un último estallido de certeza su mente pronunció lo que había sentido desde el principio. Sutilmente, con facilidad, sin hacer ruido, como la atmósfera intangible, se fusionó con el cuerpo inmóvil, se volvió uno con él en un proceso químico súbito e inexplicable, se dio cuenta en un breve destello de agonía que ésa era su verdadera identidad, que ése era él mismo. Y justo antes de que el manto de oscuridad se le viniera encima, miró hacia arriba a través de los ojos abruptamente abiertos del joven, vio el mar interminable de la multitud, oyó de nuevo el grito animal de su odio, sintió las manos brutales sobre su cuerpo, vio sus puños levantados, y la sangre que emergía del impacto, sintió un choque

instantáneo de dolor, y después el mar de sangre se oscureció y él nadó en la más absoluta negrura, ya inconsciente.

LOS RAYOS DEL SOL de la mañana metieron sus dedos inquisitivos por las persianas a medio abrir y le tocaron la cara con tibieza y suavidad, impersonalmente. Se movió un poco y se hizo a un lado. Entonces el teléfono junto a su cama empezó a sonar y él se irguió de golpe, sobresaltado, con los ojos abiertos, pero sin ver. Parpadeó y sacudió la cabeza para ahuyentar los persistentes restos del sueño. Levantó el teléfono.

—Sí? —balbuceó soñoliento.

La voz entonó:

—Buenos días, señor Maxley. Las nueve en punto.

Gruñó y colgó el teléfono. Se sentó en el borde de la cama un momento, con las piernas cruzadas y la mirada fija al frente, para ajustarse despacio, laboriosamente, al día. Su mente alejó el sueño, capa a capa, y se armó de valor contra la fría embestida de la conciencia.

Arthur Maxley miró la habitación mientras parpadeaba con la rítmica frecuencia imperturbable de una tortuga aburrida. La cabeza le palpitaba con pesadez. Tenía la boca pastosa del regusto rancio del alcohol que había bebido la noche anterior, ahí sólo en su apartamento.

Tengo que encontrar otra cosa que hacer por la noche, pensó. No es bueno que me siente aquí solo a beber.

Miró a su alrededor con desagrado. Un cajón de la cómoda estaba semicaído; de él colgaban pañuelos usados, corbatas manchadas y medias. En el piso había un cenicero que al volcarse había esparcido cenizas y colillas sobre la alfombra.

La habitación es como mi alma, pensó. Sucia y desarreglada.

Sonrió. Ya lo creo, se dijo. Una habitación que la asistenta va a limpiar, aunque no pueda limpiar tu alma. ¿Quién se encarga de limpiar tu alma?

Pero esa mañana no logró avivar el interés por su alma. Durante la noche, recordó, le había preocupado profundamente. Se había quedado en la habitación, bebido un poco, leído un libro, y había pensado en su alma. Pero eso había sido durante la noche. Ahora era de día, y su mente se desviaba de la introspección.

Daré una buena caminata por el parque. En un rato me vestiré y saldré a caminar por él, pensó.

Suspiró hondo, tiró las sábanas a un costado y caminó descalzo hasta el baño. Se cepilló los dientes hasta que le molestaron las encías, se cacheteó con agua fría y se frotó energicamente con una toalla áspera. Se miró en el espejo. Decidió que podía no afeitarse.

Entonces, observándose en el espejo, volvió a ser consciente de su rostro. Lo estudió con lentitud y desapego. Su cara no le gustaba. Hasta cierto punto la rechazaba sin mayor compromiso emocional, como si le perteneciera a otra persona. Pero la indiferencia no le duraba tanto. Pronto empezaba a arder el resentimiento contra lo que fuera responsable de esa distorsión entre su yo exterior y el interior. No era justo. Con un dedo se tocó la piel, notó el curioso contraste entre su mano sinuosa y la tez pálida, lisa y bastante ordinaria que hubiera debido brillar, sin hacerlo, con el resplandor de la juventud. Se rió de su imagen en el espejo. Retrajo los labios y mostró sus dientes, rió desafiante. Después se puso serio y se quedó mirando un momento más, ausente, como si hubiera perdido el interés. Se dio vuelta y regresó a la habitación.

Mientras se vestía, se recordó de nuevo que debía hacer esa caminata por el parque. No era bueno quedarse en la habitación toda la mañana con las persianas cerradas. Pensó en cosas que no debía pensar, recordó lo que debía olvidar. Como un médico que observa la enfermedad que avanza y no hace nada para prevenirla, a veces se veía a sí mismo de esa manera cuando se sentaba solo y recordaba. Le habían dicho que había cosas que tenía que sacar de su cabeza, que debía olvidar; y los había escuchado, y había estado de acuerdo. Sin embargo, cuando se enfrentaba a la necesidad de seguir sus consejos, quedaba curiosamente indefenso.

Pero la noche anterior, sólo en su habitación, se había hecho una promesa enfática. Delinearía cada día por venir y llenaría cada hora como si

trazara un plan, de modo que no quedara ni un instante libre en el que fuera posible acomodarse y recordar. Y aunque la idea de enfrentar la mañana lo llenaba de un sordo temor, había decidido que lo primero que debía hacer cada día era caminar, dar un largo paseo agradable por el parque.

Había algo que no le gustaba de la mañana, algo, pensaba, casi obsceno. Como si el tiempo se levantara metódicamente de una tumba nocturna y acechara la tierra, tocando todo lo que caminaba sobre ella con manos húmedas. El rocío matutino liberaba un olor mohoso, fétido, que le asaltaba desagradablemente las fosas nasales como el hedor rancio de las piezas oscuras en las casas olvidadas.

Pero a ese disgusto habitual le dedicó ahora un pensamiento efímero. Sus pequeños pies calzados no hicieron ningún ruido en la alfombra descolorida que revestía el piso del *hall* mientras salía de su departamento y bajaba las escaleras oscuras. A medida que descendía sus dedos tocaron la suavidad del gastado pasamanos de roble, y fue consciente de un alivio instantáneo, de una sensación de paz. Cuando no le gustaba su departamento, a veces se sentía compensado por la oscura amabilidad de la larga escalera, y nunca se apuraba en su descenso. Porque mientras bajaba era capaz de perder la conciencia de sí mismo en el manto anónimo de la penumbra; aunque fuese por un segundo podía fundirse con la oscuridad y volverse, de alguna manera, parte de ella.

Al pie de la escalera se detuvo un momento; después abrió la puerta y se zambulló apurado en la mañana luminosa. A pesar de que no estaba para nada fresco —era, de hecho, una cálida mañana de verano— se encontró temblando al avanzar por la calle.

Estaba casi desierta; y mientras caminaba lo invadió una conocida y repugnante sensación de soledad en estado puro que entumeció sus piernas y le quitó vitalidad a sus pasos. Una figura aislada pasó con premura a su lado; oyó ondular a través del aire matutino las risas de niños invisibles que jugaban en patios traseros; escuchó el rugido de un auto en otra calle. Le pareció que nada tenía que ver con él, con Arthur Maxley. El lugar por el que caminaba era un desierto aglutinado sin sentido, lleno de curiosas configuraciones poco realistas que por todas partes lo acorralaban lúgub्रamente.

¿Dónde debe ir uno por la mañana?, se preguntó. ¿Qué hay que hacer? Padre nuestro que estás en el cielo, danos algo que hacer esta mañana. Caminar en el parque. Padre nuestro que estás, padre nuestro que estás...

La frase rítmica se repetía y resonaba en su cabeza. Caminó un poco más rápido, como si la aceleración pudiera ahuyentárla.

Padre nuestro que estás en el cielo, padre nuestro que estás...

Padre, padre, padre, se dijo a sí mismo. Qué fea palabra.

Entonces, de repente, supo que no iría al parque, que no mantendría su promesa. Aunque no cambió su rumbo, aunque continuó en la misma dirección, de alguna manera supo que nunca llegaría hasta ahí, que algo le impediría alcanzarlo.

Y estaba muy cerca cuando se dio cuenta de qué se trataba; lo reconoció y recordó, y se sonrió y dijo en silencio, ¿ves? Sabías que no lo lograrías. Lo supiste al hacer la promesa.

La razón que había causado que se detuviera, que había desviado su rumbo, era una pequeña cafetería enclavada furtivamente a mitad de la calle, como de algún modo avergonzada de su existencia. Había pasado por ahí varias veces, pero nunca había entrado.

Aunque ahora, sonriendo con gratitud y desprecio, se encaminó hacia allí con deliberación, y la delgada puerta acristalada cedió sin resistencia a su contacto. El interior era estrecho y bastante largo. Dos viejos estaban sentados a la barra sin moverse, encorvados sobre gruesas tazas de café. Dos amas de casa, vestidas de amas de casa, estaban en una mesa al fondo y cuchicheaban ante el jugo de naranja y las tostadas. Las inspeccionó con incredulidad.

Limpió restos de migas del forro manchado de una silla y se sentó a una mesa cerca de la entrada. Agarró un menú desgastado y simuló estudiarlo, porque la lectura atenta era casi imposible. El menú estaba escrito a máquina y debía ser la cuarta o quinta copia, y estaba manchada y manoseada por los clientes anteriores. Husmeó apenas y lo dejó caer sobre la mesa.

Se acercó una camarera. Caminaba encorvada, con pereza, como si estuviera juntando fuerzas para un calvario inminente.

—Buenos días —dijo ella indiferente. A Arthur le pareció que debía haber dicho las mismas palabras un millón de veces y que el sonido la había agotado indeciblemente. Su lápiz estaba dispuesto sobre una pequeña libreta.

La miró impasible. ¿Cuánto tiempo se atrevería a esperar?, pensó. ¿Cuánto tiempo antes de que se incomodara y se fuera? Era como jugar con un ratón.

Pero la camarera, a su vez, no mostró signos de tensión o malestar.

Al fin, con deliberación, enunciando muy claramente Arthur dijo:

—Quiero una taza de café y un huevo sin tostadas, y una botella de tabasco —se reclinó con un aire engreído y esperó a que ella se mostrara sorprendida.

Pero se decepcionó, porque ni un solo parpadeo deslució el gesto de aburrimiento de su cara. El lápiz osciló con apatía sobre la libreta, ella se dio media vuelta sin decir ni una palabra y regresó a la cocina.

La miró pensativo. Impertinencia, pensó. Feliz impertinencia inexpugnable. No había lugar para la rencilla. No podía buscar al encargado (¿cómo sería el encargado de un lugar así?) y decir, «Esta chica es una impertinente. No se sorprendió cuando le pedí huevos con tabasco. Échela». No podía decir eso. Pero, de todas maneras, había sido groseramente impertinente. Por un instante imaginó que era su jefe. Con unas pocas palabras incisivas y bien elegidas logró que la pobre miserable se echara a llorar y temblara ante él. «Sólo esta advertencia, señorita Menú: el señor Maxley es un caballero. Debe ser tratado como tal. La próxima vez que pida huevos con tabasco tiene que sorprenderse. ¿Entiende, señorita Menú? Y señorita Menú, trate de ocultar los restos libertinos de la noche. Eso es todo. Puede irse».

Sus pensamientos se disolvieron de pronto cuando la camarera colocó el plato delante de él junto a la taza de café humeante. Al pasarle cerca, pudo oler vívidamente el perfume barato de la noche anterior, tan fuerte que no podían taparlo ni el olor nauseabundo de la comida de esa mañana ni el de la cocina.

Arthur resopló dándose importancia y hurgó en el plato con su cuchillo y tenedor hasta que ella se alejó. Se preparó para atacar la comida, pero se

detuvo justo antes, fascinado de repente.

Desde el plato mellado, el huevo lo miraba como un ojo malvado y astuto. Al principio la idea le causó gracia, pero a medida que Arthur lo observaba y el ojo amarillo le devolvía la mirada empezó seriamente a incomodarse. Parpadeó con rapidez.

La pupila amarilla lo miraba inerte desde su orbe blanca y grasienta. Agarró la botella de tabasco y volcó sobre el ojo un poco del feroz líquido rojizo. Como si de repente sufriera una irritación intolerable, la materia blanca circundante se volvió sanguinolenta y desarrolló una red de movedizas venas líquidas que cambiaron la expresión vacía en algo casi aterrador. El huevo lo miraba con reproche, como agónico.

Se esforzó por apartar la mirada y obligó a sus párpados a cerrarse y movió la cabeza con fuerza de un lado a otro. Trató de reírse. Estos delirios..., ¿por qué les había permitido instalarse? Era sólo un huevo, algo simple, y por un momento su imaginación (era sólo su imaginación) le había hecho pensar que...

Cuando agarró la taza de café y la llevó a los labios, notó con cierta sorpresa que le temblaba la mano. Trató de estabilizarla lo mejor que pudo apoyando el codo sobre la mesa. Bebió un sorbo cauteloso. El líquido le quemó los labios, la lengua y la garganta. Pero se sintió mejor. Bajó el café y volvió a mirar el huevo. Su aspecto ya no era aterrador; era ridículo pensar que alguna vez pudiera haberlo sido. Pero ya no era capaz de comerlo. Sería impudico, sucio. Pensarlo le dio asco.

Entonces se dio cuenta de que el ambiente de la pequeña cafetería lo estaba deprimiendo. Oía el tintineo de los platos en la antecocina, los pies invisibles arrastrándose, los cuchicheos seniles de los dos viejos encorvados ante la barra, la jerga mecánica de las matronas chismosas, y los cientos de soniditos indescifrables que eran inherentes a la rutina del lugar. Y mientras escuchaba, todo se fusionó en un ritmo primitivo y monótono que alteraba sus nervios y lo llevó a moverse enérgicamente en la silla. Desde donde estaba podía ver el exterior a través de las ventanas de la cafetería, y le pareció que en conjunto la luz del sol y la penumbra interior que lo envolvía eran dos antagonistas, y que cada uno se esforzaba por conquistar

al otro con armas tan igualmente poderosas que serían incapaces de destruirse. Y él estaba involucrado en la batalla, sin deseos de estarlo.

No podía recordar exactamente por qué había ido a ese lugar. Tenía algo que ver con el parque. Sí, entrar le había impedido llegar hasta el parque. Pero parecía haber algo más. No había querido desayunar, así que no era hambre, o tal vez sí. Tal vez era un hambre que no tenía nada que ver con el cuerpo. Quizás era hambre de ver una imagen distinta a la del espejo, el rostro de un extraño que lo mirase con una chispa en los ojos, una voz que pudiera perforar la cáscara tumefacta que lo envolvía. Y el único rostro, la única mirada, la única voz que había encontrado era la de la sordida camarera vestida con un uniforme verde gastado que había desconocido a Arthur por completo, que no podía satisfacerlo, que sólo lo había visto como una boca que pedía y tragaba comida.

En su tristeza, Arthur se olvidó del mal rato anterior con la camarera. ¿Por qué no había sido más amigable? ¿Por qué no le había sonreído? ¿Por qué no había dicho algo alegre?

Suspiró al fin. Bueno, pensó. Está bien.

Hurgó en su bolsillo, extrajo un billete y, apáticamente, lo dejó caer sobre la mesa. Se puso de pie. Tenía las piernas débiles, como si hubieran corrido un largo trecho. Abrió la puerta y por un rato se quedó en la acera, entrecerrando los ojos a la luz del sol. Después avanzó a paso lento por la calle.

En la esquina había una parada de autobús y un banco de madera para que los pasajeros esperaran. Se acomodó en el banco como un trapo deshecho. Su respiración agitada empezó a aquietarse a medida que llenaba sus pulmones con el aire húmedo. No se movió.

Se quedó sentado un rato largo. Un enorme autobús se acercó pesado por la calle y se detuvo en seco de mala gana. Arthur lo observó un momento con sus ojos vidriosos, aunque sin ver. El conductor lanzó un insulto y arrancó.

Arthur Maxley sacudió la cabeza como si se hubiera despertado de un sueño difícil. Se levantó con el gesto cansado de un anciano. Automáticamente, sin pensar, empezó a desandar el camino hasta su apartamento.

Mañana, se dijo. Mañana mantendré mi promesa y caminaré por el parque. Es algo para hacer. Padre nuestro que estás en el cielo, danos esta mañana, padre nuestro que estás en el cielo, padre nuestro que estás, padre...

Padre, pensó. Es una palabra.

TAN REPENTINA FUE LA APARICIÓN del edificio de arenisca roja que se erigía ante él, que tuvo que reacomodarse sorprendido. Habían abierto las persianas y corrido las cortinas para revelar la vista insulsa de las ventanas, que le lanzaban una mirada maliciosa, con una muequita de repugnancia. Arthur subió los escalones y entró. Se detuvo ante el buzón y retiró el delgado manojo de correspondencia. Sin reparar en nada se dispuso a atravesar el depurador baño de penumbra, el viejo ritual de la escalera a oscuras.

Cuando entró en su habitación notó que durante su ausencia habían limpiado las alfombras y habían sacado las prendas sueltas de ropa de las sillas. La puerta que conectaba el recibidor y el dormitorio estaba discretamente entornada, y apreció la flamante restitución del orden.

Sonrió satisfecho. Arrastró una silla hasta la ventana, la ubicó en un ángulo específico, y dejó que la luz del sol le cayera sobre un hombro.

Miró despacio su correo, tarareando en voz baja, deteniéndose en cada carta como si se debatiera entre abrirla de inmediato o dejarla para más tarde, hasta que hubiera leído el correo más importante, si es que había algo. Su correo era sustancialmente siempre el mismo: folletos de universidades, circulares de clubes de lectura, algunas revistas, invitaciones impersonales a conciertos y conferencias, breves avisos esotéricos de una sociedad literaria de la que alguna vez había formado parte; lo de costumbre, lo esperable.

Suspiró con pesadez y dejó que las cartas cayeran al piso a su lado. Observó la pared de enfrente como si tratara de penetrar su espesor. Repasó la mañana sin incidentes, y caviló más bien morosamente sobre la tarde que le esperaba. Un almuerzo con Stafford Long, quizá más tarde una película,

un par de tragos, después volver al apartamento, leer un libro sin leerlo realmente, un par de tragos más y... lo de costumbre, lo esperable.

Un golpe suave sonó a la puerta. Tuvo el ánimo suficiente para responder cansado:

—Adelante.

La puerta se abrió hacia él y una mano se deslizó a través de la abertura, y después un antebrazo. Asomó una cara y susurró:

—Señor Maxley, ¿está ocupado? ¿Puedo entrar?

Él saltó de su silla.

—Claro, Judy, por supuesto —dijo—, pasa.

La mujer a la que llamaba Judy llevaba un gorro ladeado sobre la cabeza de pelo ralo, y empuñaba un plumero andrajoso (que era su emblema personal). Entró y se detuvo frente a él.

—Bien, Judy—dijo él con simpatía—, ¿cómo te encuentras esta mañana?

Ella se humedeció los labios y le sonrió.

—Tengo algo para usted.

Él se rió con ligereza. Se le acercó un poco más.

—¿Ah, sí? ¿Qué es?

Ella volvió a sonreír, más ampliamente. Él entrevio dos dientes, uno negro, el otro muy amarillo, pegados. Miró a un costado.

—No hasta que me dé un cuarto de dólar —dijo ella.

Un juego, pensó Arthur. Es un juego.

—¿Un cuarto de dólar, eh? ¿Y si no te lo doy?

—Entonces no le daré la... no le daré esto *a usted*.

Pero Arthur se dio cuenta de que al decirlo ella movía su brazo por detrás de la espalda, dando a entender el final del juego. Él se rió brevemente y avanzó hacia ella, pero no tan rápido como para que no tuviera tiempo de escabullirse hacia atrás.

Ella sonrió dubitativa.

—Oh no, señor Maxley. No hasta que me dé la moneda.

—Una moneda —dijo él.

Volvió a reírse, sin motivo. Se quedaron quietos un momento, evaluándose el uno al otro. Entonces, todavía entre risas, Arthur se abalanzó

sobre ella. La agarró del hombro y tiró hacia él con torpeza, asegurándose de que la presión que ejercía no fuera lo suficientemente fuerte como para que el brazo que estaba detrás de la espalda de ella quedara a su alcance. Riéndose mecánicamente, condescendientes, forcejearon un rato. Ella se retorció en su apretón cuidadoso, resistiéndose y alejándose. Él levantó la mano libre y dejó que el dorso rozara despreocupadamente sus pechos. ¿Había sido sólo un accidente, o ella había reaccionado, se había relajado en él por un instante? No estaba seguro. Para cerciorarse la soltó súbitamente y ella cayó hacia atrás, fuera del círculo que formaban sus brazos, contra la pared opuesta.

Sintió una decepción aguda. Aunque después pensó, «quizás fue el movimiento repentino, tal vez no tuvo intención de saltar hacia atrás de esa forma». Trató de leer la respuesta en sus ojos, pero no pudo ver nada. Ella se quedó ahí, con la misma sonrisa en la cara, la misma mirada, a la espera.

Pero Arthur sabía que el juego había concluido. Metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda. Se acercó hacia ella.

—Tú ganas, Judy —dijo jadeando, fingiendo más cansancio del que tenía—. Tú ganas.

Ella reveló la mano y le mostró una carta.

—Llegó esta mañana mientras usted estaba fuera. Le di al cartero una moneda. ¿Está bien, no?

—Muy bien.

Agarró la carta que ella le entregaba y sin mirarla la guardó en el bolsillo de su abrigo. Capturó una de sus manos y apretó la moneda contra su palma, le cerró los dedos, presionando sus nudillos con suavidad, insistenteamente, y esperó a que ella la apartara. Pero no se movió. Él humedeció sus labios.

—¿Hay algo más que quiera que haga antes de que me vaya? —preguntó Judy por lo bajo—. ¿Debo limpiar algo?

Él pensó rápido. ¿Era una señal?

De golpe no importaba. De nuevo se sentía cansado y enojado consigo mismo, y también avergonzado y un poco enfermo. Dejó caer su mano. Dio media vuelta y volvió al centro de la habitación, y ahí se quedó con la cabeza inclinada, contemplando vagamente el estampado de la alfombra.

—No —dijo—. No, está todo bien, Judy. Todo se ve muy bien —hizo un gesto con la mano—. Gracias.

—Muy bien, señor Maxley—dijo ella yendo hacia la puerta—. Cuando guste...

—Gracias de nuevo —dijo él. Pero cuando levantó la vista ella ya había desaparecido.

Fue hasta la silla cerca de la ventana y se sentó. Trató de acomodar con el pie en una pila ordenada las cartas caídas. Entonces recordó la carta que le había entregado Judy. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y la sacó. La observó indiferente. Era un sencillo sobre blanco, común. Su nombre se destacaba en firmes trazos negros. Y al leerlos sus ojos se dilataron. Tomó dolorosa conciencia de su corazón. Le golpeaba como un palo grueso contra el pecho.

Con dedos que temblaban nerviosos, rasgó el sobre hasta que quedó prácticamente destrozado y las hojas de la carta bailaron agitadas en sus manos.

Tenía la garganta seca y caliente. La respiración se le aceleró. Se vio forzado a parpadear mientras leía y a mirar a un lado varias veces antes de seguir asimilando el texto titubeante.

«Querido hijo», decía la carta. «En primer lugar debes perdonarme por no haberte escrito durante tanto tiempo. Supongo que a estas alturas ya conoces mis carencias como interlocutor. Estoy tan ocupado por los negocios que a veces me es difícil hacerme con el tiempo de escribir una carta.

»El negocio sudamericano resultó bastante bien. Tal vez fue una estupidez por mi parte deambular por medio mundo, pero no quería correr el riesgo de desatender el asunto. Te escribí una carta desde Buenos Aires, pero no sé si la has recibido. No tuve respuesta.

«Llegamos a San Francisco hace una semana y media, el doce. Me alegra estar de regreso. Un año y medio es demasiado tiempo para estar fuera.

»Aunque no hayas tenido noticias mías con frecuencia, espero que sepas que he pensado en ti a menudo, y espero que los cheques te estén llegando bien. Le dejé instrucciones a Masters de que los envíe cada semana, y de

que te transmita que puedes pedirle lo que necesites. Espero que haya cumplido todo esto satisfactoriamente.

»Bien, parece que he regresado a casa en el momento justo del año; el comienzo del verano. Sin duda es agradable.

»Planeo quedarme en Estados Unidos unos dos meses, luego partiré de nuevo, esta vez a Bombay. Nuestra sucursal en la India no está **funcionando** lo bien que se esperaría, y quizás pueda arreglar las cosas. Temo volver, pero supongo que es necesario.

»Estaré por aquí unos días más. Estoy hospedado en el Regency. Si quisieras cenar conmigo alguna noche esta semana, llámame ahí. Me gustaría mucho volver a verte y hablar contigo».

Y firmaba: «Tu padre, Hollis Maxley».

Durante un rato largo después de terminar de leer la carta se quedó inmóvil en la silla con las hojas mecanografiadas oscilando entre sus dedos.

¿Por qué tenía que volver sobre eso de nuevo? Hace tanto que ya no recuerdo, se dijo.

Se levantó de golpe y movió la cabeza como para despejar las nubes amenazantes de ideas desagradables, oscuras. Sin querer visualizó a su padre como lo había visto la última vez, casi tres años antes. Era una imagen parcial, una representación que no se materializaba por completo. Un prolíjo traje gris y una gran frente pálida: eso era todo lo que podía ver en el recuerdo. El resto era difuso, casi estaba olvidado; o al menos quedaba oculto por su habitual y consciente fuerza de voluntad. Arthur se contrajo ante el intenso recuerdo de su padre, porque en aquel recuerdo empezaba a deslizarse otra visión, una pesadilla familiar, su madre en esa sala, su rostro que...

Impaciente, caminó por la habitación. Volvió a plegar la carta y la manoseó entre los dedos. Se preguntó por qué su padre no lo había llamado por teléfono en lugar de enviarle una carta. Entonces recordó.

Recordó y sonrió amargamente, rememorando el invierno que había pasado en Boston. En el transcurso de los años, aquél había sido uno bueno: la universidad, los requerimientos necesarios para adaptarse a una nueva forma de vida, caras nuevas, temas nuevos. Incluso aquí y ahora, en aquel apartamento alejado, en esa mañana cálida de verano, podía recordar el

invierno de Boston muy vívidamente, la magnífica solemnidad del campus de la universidad, los árboles muy antiguos y la implacable adustez de los edificios. En el túnel de su memoria giraba una multitud de rostros sin nombre, desconocidos, olvidados, pero que guardaban cierta familiaridad.

Le había gustado Boston porque los días lóbregos se habían sucedido con una regularidad lenta y anodina, cada uno igual al anterior, sin visos de cambio en una monotonía amable, irreflexiva. Era un tipo de vida irreal en la que no había sido feliz ni infeliz, en la que ni había pensado ni había sentido la necesidad de pensar. Muchas veces había deseado conscientemente que esa vida no cambiara nunca, pensado que quizás pudiera terminar sus días en ese patrón invariable.

Pero había llegado el día en que todo había terminado, y concluyó de forma abrupta, dolorosa, enfermiza, como finalizaba todo para él.

Ese día había estado lloviendo. Lo recordaba con claridad, casi era capaz de escuchar de nuevo el envolvente golpeteo de la lluvia mientras descendía en hilos deshechos, agrisando e inmovilizando inexorablemente la ciudad que se recogía paciente debajo de sus suaves latigazos. Él mismo estaba a salvo en su tranquila habitación individual: un fuego amable entibiaba su cuerpo, como lo había hecho durante horas en el gran sillón del club, con su relleno de crin de caballo, sobre el que se había sentado indolente a mirar, sin pensar en nada, ausente, las llamas temblorosas, sintiéndose en paz en su mundo tibio y reparador.

Entonces había sonado el teléfono, y el ruido lo había agitado tanto que había saltado del sillón asustado y sorprendido. Había aguantado un rato, sin querer contestar, con el único deseo de volver al fuego y al acogedor sillón y a la contemplación ausente de la que había sido arrancado con tal violencia. Pero el teléfono había prolongado su insistente sonido chillón, y supo que no podría seguir ignorándolo. Cruzó la habitación, atendió y dijo:

—Habla Maxley.

Por supuesto, había sido su padre. Ahora, sin vergüenza ni pesar, como si le hubiera ocurrido a otra persona, podía recordar su conmoción al escuchar esa voz familiar, aborrecida. Porque de alguna manera el tono, o el timbre —no sabía con exactitud qué era—, había tocado una fibra en su memoria; y, sin advertencia, se había abalanzado sobre él como una bestia

en una selva oscura, una imagen violenta de esa escena violenta. En su pequeña habitación anónima había visto a su madre y a su padre enfrentados, había visto reconstruirse aquel episodio terrible que nunca podría purgar de las profundidades más oscuras de su mente; y era tan real y estaba tan cerca que de repente su garganta se había contraído y él había gritado.

Se recordó arrojando el teléfono horrorizado, también vagamente las palmadas que se había dado en los ojos, vociferando una y otra vez esa única palabra, *mamá mamá mamá*, hasta que se hundió en un estupor afónico, jadeando y acurrucado en el piso. Más tarde lo habían encontrado así, y se habían asustado mucho, sin saber bien qué hacer con él. Habían llamado a su padre y él había vuelto a Boston, y luego aparecieron los médicos y las largas horas de espera (que después supo que no habían sido horas sino días) hasta que la oscuridad rastreara empezó a disiparse y otra vez fue arrojado a la conciencia y a la percepción. Desde entonces no había visto a su padre. Y sin que a Arthur le informaran nada, supo que los médicos le habían desaconsejado ver a su hijo o volver a perturbarlo. Sólo los cheques semanales, enviados por el abogado de su padre, le recordaban su existencia. Hasta esta carta. Hasta este día.

Ahora, en su apartamento, en esa cálida mañana de verano, tres años después, sonrió con una sonrisa sagaz, y comprendió por qué su padre no lo había llamado por teléfono.

Miró la carta de nuevo. Después la hizo una pelota y la tiró al piso.

Fue a su habitación y, completamente vestido, se echó en la cama. Pero el descanso, el olvido que buscaba, no aparecerían. La suavidad de la cama le relajó el cuerpo, pero lo único que consiguió con la relajación fue estimular su mente, su recuerdo. Perdió conciencia de su cuerpo. Se volvió pensamiento y análisis, una energía incorpórea que flotaba en un espacio ciego.

Echado en la cama se preguntó, como si estuviera en otro mundo, cómo sería escuchar de nuevo la voz áspera expresando las palabras cuidadosas; se preguntó qué recuerdos, qué imágenes sumergidas podrían evocar el ver y el escuchar. Envuelto en un secreto tácito, en su oscura falta de memoria, ¿volvería todo de nuevo, el punto de luz, el pinchazo del repugnante

recuerdo?, ¿desaparecerían las tenebrosas sombras oscuras, se transformaría el punto en una lanza de luz capaz de lacerar y desgarrar la carne de su memoria?

Gradualmente, desde el trauma tenue de su reflexión, surgió una sorprendente imagen nítida de su padre. Un poco antes había sido incapaz de extraer del aura de ocultamiento del recuerdo una visión concisa, pero ahora el contorno sombrío empezó a completarse, a tomar forma y vigor, y de a poco fue capaz de discernir el porte casi olvidado de su padre. Recuperó los pequeños detalles: su manera de sonreír, rápida y retorcida, la costumbre trivial de morderse el labio superior, la amplitud de su frente sin arrugas. Una oleada de emoción se infiltró en su trance, que se deshacía; una calidez que le era extraña, algo que no había sentido hacia su padre durante mucho tiempo.

Cargado de esa sensación que lo recorría y le aflojaba los músculos tensos de la mente, se levantó de la cama y deambuló por la habitación. De repente tuvo la certeza de lo que iba a hacer, lo que debía hacer. Sin embargo, era como si otra persona tuviera el control, no él.

La distancia entre su cama y el teléfono era ilimitada, y él se movía, lento e impotente, en esa extensión, ingravido, fuera del espacio y el tiempo.

Se detuvo ante el teléfono un momento, saboreando el exquisito instante previo a la acción. Cuando descolgó notó con asombro que el aparato tampoco tenía peso. Se mojó los labios, puso el auricular en su oído y, después de pedirle el número a la operadora, esperó a que contestaran.

—¿El Regency? Quisiera hablar con el señor Hollis Maxley —una pausa—. Sí, esperaré.

Un clic. Silencio. Era el momento. Ahora. Pero no, de nuevo la voz sedosa, la voz del extraño que decía:

—Lo siento, señor, pero el señor Maxley no se encuentra en este momento. ¿Quiere dejarle un mensaje?

Por un instante no supo qué hacer. Había estado tan *seguro* de que su padre se encontraría ahí que ni siquiera había considerado la posibilidad de su ausencia. No pudo dar con las palabras.

—¿Sigue ahí, señor?

Sí, todavía seguía ahí. Sí. ¿Podría dejar un mensaje?

—Dígale al señor Maxley que... que llamó su hijo. Y ¿querría el señor Maxley cenar esta noche con él? Sí. En el Regency, a las siete. Lo veré en el restaurante. Sí, eso es todo. Gracias.

Colgó el teléfono, consciente de una aguda desilusión. Había sentido pavor de escuchar nuevamente la voz de su padre, pero no escucharla lo decepcionó. Y en el contexto de la decepción lo invadió el miedo; ahora que había dado el primer paso, también había temor. Sólo podía dejarse llevar por el veloz torrente de agua estancada que había puesto en movimiento.

Permaneció sentado un largo rato, quieto. Frunció el ceño, miró el suelo con los ojos entornados. Después se levantó y caminó nervioso por la habitación, estrechándose las manos, secándose las palmas húmedas en los pantalones. Se encogió de hombros. Fue al baño y abrió el botiquín que estaba sobre el lavamanos. Sacó una botella de *whisky* de medio litro, llena hasta casi la mitad. Cerró las puertas del botiquín y se miró en el espejo. Destapó la botella y se llevó el gollete a la boca, pero se detuvo. Buscó a tientas sobre el estante debajo del botiquín y encontró un vaso, lo miró de cerca. Estaba sucio, con algo de polvo. Abrió los grifos y escuchó el golpe brusco del agua contra el lavabo blanco. Esperó a que se entibiará, metió el vaso debajo del chorro y lo enjuagó a conciencia, primero en el agua caliente, después en la fría. Cerró los grifos y dejó que el *whisky* borboteara desde la botella al vaso centelleante. Tapó la botella de *whisky* y volvió a guardarla en el botiquín. Observó el líquido que sostenía en la mano. Se estremeció. Se miró una vez más en el espejo antes de cerrar los ojos y tomarse de un trago la bebida. Se ahogó y se sacudió y por un instante se apoyó en el lavamanos, con miedo de vomitar. Después, con un último espasmo, abrió los ojos y se miró otra vez en el espejo, vio una imprevista imagen extraña y nueva, una cara insensible a sí misma, el resto de una mueca todavía grabada en la boca, ojos parpadeantes, acuosos y un poco enrojecidos. Se dio vuelta. Regresó a la habitación y se hundió en la cama. Observó sus manos flojas dobladas entre su torso y sus piernas, miró y esperó a que el zumbido agradable apareciera en sus oídos.

EN LOS EXTREMOS DE SU CONCIENCIA la imagen adquirió forma, como masas de nubes que se juntan y retuercen en un cielo despejado y traen al recuerdo una fisonomía familiar que nunca se olvidó del todo.

Tal vez se había quedado dormido, porque la sola idea de la fotografía lo sacudió de repente con un impacto casi físico, y se levantó de la cama sobresaltado y caminó hasta el centro de la habitación antes de darse cuenta de que estaba en movimiento.

Debía de haber estado soñando, se dio cuenta. En verdad no había vuelto a pensar en la fotografía en varios meses; había logrado evitar con éxito el más mínimo recuerdo. Pero ahora descendía sobre él como un aluvión endemoniado que hubiera sido contenido durante demasiado tiempo y acumulara un ímpetu y fuerza terribles. La carta de su padre, como una llave gigante, había abierto la represa, y el remolino furioso lo engullía.

Entró dando tumbos en el baño. Se tiró una buena cantidad de agua fría en la cara pensando que quizás ese ritual reconocible podría deshacer la alteración de su recuerdo alucinado.

Cuando regresó a la habitación se cuidó de que su mirada no recayera en la cómoda donde sabía que se encontraba guardada la fotografía, envuelta en seda, a salvo de él, en el último cajón. Ignoró la cómoda a conciencia, con una determinación que era, sin embargo, mucho más difícil de lo que había anticipado. Desde la esquina parecía como si el mueble creciera cada vez más, amenazando con expulsarlo de la habitación. Aun si atravesaba el cuarto con la mirada clavada en la alfombra, podía de todas maneras reparar en la forma rectangular del demonio de roble por el rabillo del ojo.

Arrastró una silla y se sentó frente a la ventana, pero hasta eso fue inútil. Porque si observaba por un rato un arbusto, el arbusto se extremaba y cambiaba de color, adoptaba la forma y esencia de la misma imagen que buscaba ignorar. Y si cerraba los ojos, a su oscuridad inducida ingresaban pequeños e informes vestigios de luz, y esos vestigios derivaban en una protuberancia, y aquella protuberancia se transformaba en una forma claramente definida, y él reconocía, a regañadientes, la morfología de la cómoda.

Suspiró. Se levantó de la silla y la frustración lo impulsó a cruzar la habitación. Como consagrándose ante un santuario, se arrodilló en el piso y abrió el último cajón. Metió la mano, apartó la pila de ropa, y buscó hasta que sus dedos se toparon con la rigidez del portarretratos envuelto en seda. Con cuidado lo liberó de las cosas que lo rodeaban y lo sacó a la luz. Regresó a la silla caminando con torpeza. Indeciso, como si tuviera miedo de lo que fuera a encontrar, quitó el envoltorio de seda. El retrato yacía boca abajo sobre sus rodillas. Dobló el pañuelo con cuidado y lo depositó sobre la mesa de al lado.

Notó que el marco de marfil empezaba a mostrar pequeñas grietas. Con manos temblorosas levantó el retrato y le dio vuelta; y el rostro de la foto se encontró con el de él.

El cosquilleo familiar partió desde la yema de sus dedos y corrió desde sus brazos hasta cada parte de su cuerpo, yendo y viniendo en veloces corrientes irregulares. Se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Dejó que el aire saliera de sus pulmones y respiró despacio, deliberadamente, tan calmado como pudo.

Lo que tenía entre manos era un rostro de mujer. Un mechón de cabello se amontonaba en un rodeté amable sobre su cabeza. Era un semblante hermoso, y el fotógrafo (tal vez sin quererlo) había captado en ese rostro algo elusivo, raro, difícil de nombrar. La mirada turbada lo observaba desde el papel quebradizo; los ojos intensos, pero a la vez gentiles, lo miraban mudos, fijamente. Tenía una nariz aguileña y delicada, y las fosas nasales se ensanchaban ligeramente sobre su generoso labio superior. Los extremos de su amplia boca se doblaban en una media sonrisa tierna, burlona, con cierta sutileza.

Durante un rato sólo pudo observar el retrato, sin sentir nada, sin recordar nada.

Mucho más tarde, cuando recuperó el pensamiento, alzó los ojos y miró por la ventana. El resplandor brutal del pavimento se había desvanecido. No había filas de casas horribles, ni salientes molestas de paisaje urbano. Sus ojos se enfocaban más allá, en la bruma azul del tiempo perdido. Mientras él permanecía inmóvil, sus dedos blandos continuaron otro plano de existencia, y se movieron y exploraron las mínimas sutilezas de la imagen, rozándola con suavidad.

Podía volver al pasado con la mente y la memoria: al tiempo perdido donde residiría aunque fuera un instante, pero un instante milagrosamente arrebatado al presente. ¿A qué tiempo? Recordaba un momento. A veces le llegaba en sueños, dúctil, con pasos silenciosos robados a la oscuridad; acudía para apartar las sombras del lugar donde ahora residía, y en esa otra región dormida, esa otra parte de él, ingresaba una cálida corriente de energía que lo transportaba de vuelta a un sueño que era más real que la virtualidad de su existencia presente.

Es el mejor momento de la vida, pensó: el tiempo perdido. Ese momento del verano en que las hojas se enredan con la luz del sol. Siempre pensaba en su infancia como un verano ininterrumpido, cuando la apacible felicidad aliviaba y deleitaba su cuerpo y su cerebro. Recordaba el verano y las carreras a través de los pastos crecidos. El sol bañaba sus brazos y piernas de un marrón terroso y él se sentía completo e inconsciente, y así pasaba la tarde. La casa era blanca y alta y remota sobre la colina, y el camino de grava era como una cinta de guijarros dispuestos sin cuidado sobre el césped; el camino sobre el que había corrido junto al jardín; el jardín donde se había tumbado a aplastar las flores perfumadas. Y a lo lejos, aunque no tanto, el sonido tranquilo del arroyo. El pasto crecía junto a la corriente, y en determinado lugar, un rincón secreto, el follaje era ralo y se estrechaba, aunque no del tamaño de una tumba, no tan angosto para que sólo pudiera recostarse una persona. Y juntos en los días de verano que eran su infancia, maravillados y en silencio, habían escuchado el susurro del agua fresca, se habían bañado en la luz del sol, él había apoyado su cabeza enmarañada sobre el pecho de ella, su pequeño cuerpo ávido en el recodo

de su brazo húmedo. Juntos habían tomado aire en calma, reverentemente, ambos conscientes de la respiración de la tierra. Y soñoliento, entibiado por la superficie, su voz perdida preguntaba:

—Mamá, ¿a dónde va el agua?

Y la respuesta milagrosa:

—Al mar, hacia el mar...

Incluso ahora, en su presente anquilosado, escuchó esa voz de nuevo, y su cadencia ágil fue como un fantasma que salvara el abismo de los años. El sonido era débil y lejano, pero a pesar de su debilidad era tan entusiasta, tan vibrante, tan clara como había sido esa tarde de verano de hacía tiempo.

Recordó la fresca intimidad de la casa blanca al volver de jugar al calor de la tarde. Casi podía sentir de nuevo el vivo roce del sillón donde había descansado, placenteramente exhausto. Casi podía ver y escuchar a su madre sentada al piano y cantándole, como hacía cada noche justo antes de irse a dormir.

Se recordó en las noches sofocantes, tendido en la cama mirando por su ventana salpicada de estrellas, esperando y sopesando los momentos, los instantes extáticos de espera. Había escuchado las campanadas agudas del reloj de abajo que resonaba en la bóveda oscura, y había sabido con cierto asombro infantil que provenía de la inaccesible habitación iluminada que se encontraba debajo de la suya. Y con las campanadas habían llegado los exquisitos despuntes del dolor.

Entonces, en el centro de su imaginación, veía aparecer a su madre subiendo las escaleras. Se decía a sí mismo que en ese momento su madre estaba en el primer rellano; que después sus pies se hundían en el último escalón alfombrado, y luego que llegaba al *hall*. Y a continuación la anticipación se hacía tan intensa que no podía sino agarrar los bordes de la cama y apretar los labios para no echarse a llorar y temblar.

El momento más difícil de todos era aquel del contacto suave de la mano de su madre con la puerta y su ingreso silencioso. En su ansiada presencia, Arthur necesitaba de toda la fuerza que su espíritu joven tuviera para evitar lagrimear y correr a su encuentro con los brazos extendidos. Pero no. Debía portarse bien, quedarse quieto, sonreírle mientras su corazón

latía sin control. Había aprendido a respetar la privacidad del estado de ánimo de su madre en ese momento delicado.

A veces ella lo tomaba entre sus brazos, se acostaba a su lado, lo despeinaba y le susurraba. Otras veces parecía distraída, ausente, sin estar realmente ahí. Después lo abrazaba brevemente, le hablaba con frases cortas y sobresaltadas. Pero los momentos más excepcionales —y para él los más hermosos y sorprendentes— eran las veces en que ella se desplazaba en su habitación como un ángel blanco, se sentaba a su lado y lo agarraba con dulzura sin decir demasiado mientras contemplaba con gran ternura y calma su rostro impaciente bañado por la luz de la luna. Cuando sucedía eso él tenía miedo de moverse y de respirar porque la más mínima agitación podía romper el cristal del silencioso ambiente.

Pero siempre había un beso de buenas noches. Estiraban el momento. Y cuando los labios de ella se alejaban de su cara, él se quedaba así, con los ojos cerrados y una sonrisa involuntaria en la boca. Sentía las manos cuidadosas de su madre mientras acomodaba la almohada debajo de su cabeza y lo arropaba. Después, con una caricia final, lo dejaba con la misma delicadeza con la que había llegado. Él no volvía a abrir los ojos, ni siquiera para verla irse. Hasta quedarse dormido mantenía los párpados cerrados para retener mejor su imagen durante la larga noche, todo el tiempo que fuera posible.

Ése es el mejor momento de la vida, pensó nuevamente: cuando se es muy joven, cuando la existencia es una perfecta sucesión de días dorados.

Durante un buen rato se quedó en la silla, mirando por la ventana, recordando aquellos días. Ahora podía percibir formas mundanas. Podía ver que las sombras habían desaparecido, que los edificios ya no oscurecían la avenida a sus pies. Suspiró sonoramente. Miró su reloj. Marcaba las doce.

Entonces, con una contracción de resentimiento, recordó su cita con Stafford Long.

Tenía una hora para bañarse y cambiarse de ropa. Una hora para prepararse para Stafford Long. Sonrió desganado. Pensó en Stafford, se aplicó a pensar en Stafford. Pensar en Stafford haría que no tuviera presente a su padre y el calvario que vendría por la noche.

Como una flecha, saltó de la silla y atravesó la habitación. Devolvió la fotografía a su lugar, envuelta en el mismo pañuelo de seda. Luego se internó en el baño. El agua de la ducha impactó con fuerza y complacencia sobre el piso de mosaico.

LA PÁLIDA PUERTA COLOR ROSA cedió apenas él la empujó y entró, luego se hizo a un lado y dejó que el rápido retroceso de la puerta cercenara el resplandor del exterior. Cerró los ojos y los mantuvo así por un rato, acostumbrándose a la oscuridad del interior. Volvió a abrirlas y se encontró un poco mejor, así que se acercó vacilante hacia una banqueta y se relajó ante la lustrosa barra semicircular.

Se vio a sí mismo y a los otros en la periferia de ese semicírculo como si fueran espectadores; y a los camareros como actores que hicieran su representación ante un trasfondo de formas puras, un orden de cilindros, cubos y esferas. Cézanne y su lógica. Pero ¿se había referido a *esto*?

Se rió por lo bajo.

Uno de los actores se detuvo delante de él, santificó su área personal de la barra con un trapo húmedo y le preguntó qué quería con una pausa formal y las cejas levantadas.

Divertido, Arthur respondió:

—Un martini. Seco.

Esto perfeccionaba su idea previa sobre el espectáculo. Era un drama épico donde los actores y el público intercambiaban roles, donde había interacciones complejas entre los palcos y el escenario y cada uno actuaba su parte alternadamente.

No estarás contento hasta que me rompas el corazón...

La responsable era una moneda. Ah, teatro y música, pensó.

Tomó la delgada copa entre el pulgar y el índice, la giró con cuidado, la llevó a sus labios y bebió. Sonrió apenas, saboreó la aceituna y escuchó la música.

Cuando terminó la canción miró su reloj. Stafford se había retrasado otra vez, como había supuesto. Le hizo una seña al camarero para mostrarle su vaso vacío. Mientras tanto se adentró un poco más en la seguridad de su propia percepción, se situó en la profundidad de su oscuridad privada, y esperó.

A la larga, pensó, eso es todo lo que uno hace; espera a la gente o tiene esperando a alguien.

Parecía un epígrama y le sonó levemente familiar; pero complacía su arrogancia, así que sonrió, invirtió la frase en su cabeza y la repitió para sí.

Justo cuando terminaba el trago y estaba por sacar la aceituna del palillo con una mordida escrupulosa, sintió en su hombro esa mano suave, la mano que de alguna manera era capaz de acariciar sin desplazarse. Hizo una mueca de desagrado y se balanceó en la banqueta, deshaciéndose de la mano como de casualidad.

—Llegas tarde —dijo.

Stafford Long le sonrió blanda, misteriosamente, como si poseyera una sabiduría infinita. Arthur había tardado un buen tiempo en descubrir la vacuidad esencial que enmascaraba esta expresión.

—Oh, lo siento muchísimo, Arthur—dijo Stafford Long—. En serio. Pero esta mañana sucedió algo muy desagradable y me molestó terriblemente. Me alteró todo el día. Quiero decir, *realmente* me perturbó.

Arthur suspiró.

—¿Qué pasó?

—Oh, no puedo decírtelo ahora. No. Quizás más tarde. Fue espantoso —se estremeció con efusividad.

—¿Quieres un trago?

Stafford ladeó la cabeza y lo observó remilgadamente.

—En serio, Arthur, ¿cómo aguantas? Es *tan* temprano. ¿No se *queja* tu estómago? ¿No tienes miedo a las *úlceras*? Tengo entendido que beber antes del anochecer inevitablemente provoca úlceras —sus labios se doblaron de manera muy poco agradable ante el sonido de esa última palabra. Arthur se encogió de hombros, le dio la espalda y le hizo otra seña al camarero—. Oh, vamos, salgamos de aquí —tronó Stafford—. Este lugar es asqueroso.

Arthur frunció el entrecejo, y deseó que Stafford no hablara en ese inconfundible tono de voz tan alto y remilgado. Él advirtió que una pareja a su izquierda lo miraba, y que se apartaban con rapidez para ocultar unas sonrisitas despreciables.

—Está bien —le dijo a Stafford—. Está bien —dijo con brusquedad, y pasó junto a Stafford en dirección a la puerta con cortinas que daba al restaurante.

Pero Stafford no se movió.

—Arthur —voceó—. Arthur, ¿adónde vas?

Arthur apretó la mandíbula, se volvió hacia él, dominó su voz, y trató de sonar natural y divertido.

—Vamos... al restaurante, por supuesto. Ven conmigo.

—No —se quejó Stafford, petulante—. No voy a comer ahí. La comida es absolutamente *asquerosa*. *Lo sé*. Ni siquiera está *limpio*.

Arthur sonrió un poco para los que pudieran estar escuchando y mirando. Volvió hasta donde estaba Stafford.

—Mira —susurró tenso a través de sus labios rígidos—, deja de comportarte de esta forma.

—Pero Arthur, conozco lugares *mucho* mejores que éste, mucho más lindos.

—No creas que me vas a convencer de ir a uno de *tus* lugares. Sé cómo son. Ya te dije que no quiero tener nada que ver con esos asuntos.

Stafford abrió los ojos, dolido.

—¡Arthur! —reclamó—. Arthur.

—Y deja de actuar así. Sabes que no me gusta.

El labio inferior de Stafford temblaba, los ojos se le habían humedecido ligeramente.

—¿Cómo puedes decir esas cosas, Arthur? ¿Disfrutas con herir mis sentimientos? No hay nada de lo que me avergüence. Quiero que lo sepas.

—Stafford, ¡cállate! —susurró furioso.

—No entiendes, ¿no? —murmuró Stafford desafiante—. Si entendieras, no...

Arthur suspiró cansado.

—Está bien, está bien, me disculpo. Ahora, ¿quieres quedarte aquí a charlar toda la tarde o nos vamos a comer?

—Muy bien —dijo Stafford—, muy bien, iré. Pero estoy seguro de que me va a dar una indigestión horrible.

Mientras seguía a Stafford Long a través de la puerta, Arthur vio su peculiar situación con una claridad repentina, casi divertida. Con frecuencia se había preguntado por qué toleraba a Stafford, y nunca podía responder. No era amistad, nadie podía sentir camaradería con él. Él no tenía simpatía por el tipo de persona que era Stafford. La constante perversión de Stafford le repugnaba, y había veces en las que sentía un vivo desagrado, casi un desprecio. Tampoco era lástima, porque también había momentos en que conscientemente le envidiaba una superficialidad que lo volvía invulnerable.

Quizás era porque sólo con Stafford, entre toda la gente que conocía, Arthur no sentía la necesidad de congraciarse. Stafford lo aceptaba, como hacía con todos, sólo por el hecho de la aprobación. Lo que fuera que precediera o siguiera a esa aprobación no tenía importancia. Su amistad (si podía llamarse así) renacía y padecía una indolora muerte abrupta en cada encuentro.

Consiguieron una mesa. Un camarero apurado colocó unos vasos de agua delante de ellos y esperó a recibir la comanda. Arthur eligió con indiferencia, rápido; pero Stafford estudió el menú con inquietud y nerviosismo, le hizo varias preguntas al camarero, que éste ignoró o respondió con impaciencia, y le pidió consejos a Arthur sobre los precios, las propiedades, y la digestibilidad de cada opción.

Sin nada de sed, Arthur le dio un sorbo al agua. Después del martini el sabor era soso y no estaba muy fría. Miró a Stafford distraídamente; y él, a cambio, le hizo un guiño efusivo y formuló una sonrisa radiante.

A Arthur le hizo gracia. Tomó partido por la amistad, por la banalidad.

—Bueno... ¿cómo has estado, Stafford?

—Oh, no me preguntes eso —se quejó Stafford—. Por favor no. Todo es francamente horrible. No hay esperanza de sobrevivir. Nada.

—Qué mal.

—Así que no me preguntes.

—Está bien.

Stafford rumió algo.

—Y el clímax, el golpe letal, ocurrió esta mañana.

—¿Mmmm?

—Repulsivo. No puedo hablar de eso.

Arthur no dijo nada. Después de otra pausa dramática, Stafford continuó:

—Otra vez Evartz. Honestamente, Art, no entiendo cómo soportas a ese hombre.

—Pensé que Max te caía bien. La semana pasada... ¿no era la persona más «sutilmente juiciosa» que conocías?

—Era entusiasmo —le dijo Stafford—. Falso entusiasmo. Estoy dispuesto a admitir que me equivoqué —Arthur se encogió de hombros—. ¿Sabes lo que me dijo? —preguntó Stafford. Arthur negó con la cabeza a su pesar—. Me dijo —susurró Stafford, y se inclinó un poco hacia delante—, ¡me dijo que era un *maldito maricón!* Y me dijo que me largara de su casa y que no volviera —con esa declaración se reclinó triunfante—. Bien. ¿Qué te parece? ¿No es un espanto que un hombre *civilizado* diga una cosa así?

Arthur se debatió, visiblemente incómodo, entre la risa y la lástima.

—Creo que todos deberían enterarse de qué tipo de persona es —declaró Stafford—. Voy a contarles a todos mis amigos lo que pasó. Todo el mundo se va a enterar, claro que sí. Sin duda todo el mundo se va a enterar.

La incertidumbre se esfumó, y Arthur se sintió repentinamente avergonzado y compadecido de Stafford.

—Ya está, Stafford —le dijo.

—¿Qué?

—Olvídalo.

—No —se precipitó Stafford Long—. Con toda seguridad no voy a dejar que me disuadan. La gente va a enterarse —después se interrumpió y miró a Arthur con suspicacia—. ¿Estás tratando de protegerlo? ¿Vas a jugar a ese juego?

Arthur se rió y no dijo nada más. Les trajeron los platos y empezaron a comer. Stafford habló y se lamentó y gesticuló durante toda la comida, su

charla era como una sinfonía mórbida con un monótono tema recurrente, discordante. Pero después de un rato, mientras estiraban el café, Stafford cayó en un profundo silencio; y Arthur lo observó, intrigado por la ausencia de sonido. Lo sorprendió una mirada calculadora en el rostro de Stafford, una mirada tan huidiza que era casi imperceptible. Al instante, Arthur se puso receloso.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó.

Stafford se mostraba estupefacto e inocente.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres, Art?

—Conozco esa mirada, ¿quéquieres? —Arthur le sonrió con desdén.

La expresión inocente de interrogación quedó congelada en la cara de Stafford. Parpadeó varias veces. Arthur supo que estaba considerando un desacuerdo. La ingenuidad desapareció, y en su lugar Stafford adoptó una actitud confiada y se relajó, inclinándose hacia delante ante la mesa.

—Nadie te engaña, ¿no, Arthur? Qué tonto de mi parte siquiera intentarlo —hizo una pausa y miró a la nada, afligido—. Todo es tan horrible, tan espantoso —dijo por fin—. Día tras día. Nada. Es indecible —tiritó—. A veces me pregunto: ¿por qué? ¿Por qué sigues adelante? ¿Y sabes qué? —murmuró—, ¿sabes qué es lo que me asusta tanto? Te lo diré. No puedo responder. No sé la respuesta a mi propia pregunta. Es aterrador.

Esperó algo de empatía, pero Arthur no dijo nada.

—Tengo que irme de aquí —continuó Stafford—. Tengo que hacer algo con mi vida, encontrar algún sentido. Y Arthur... —dijo despacio, enfático— Arthur, tienes que ayudarme.

—Realmente no sé qué puedo hacer... —empezó a decir Arthur con cautela.

De golpe, Stafford se mostró pragmático y competente.

—Es muy sencillo —explicó—. Sólo quiero que me prestes quinientos dólares.

—¡Quinientos dólares!

—Sí.

Arthur lo miró en silencio.

—Stafford —dijo en voz baja—, quinientos dólares es...

—Es sólo un préstamo —lo cortó rápido Stafford—. Te lo devolveré, cada centavo.

—Stafford, lo lamento, pero...

Stafford lo contempló enojado.

—¿Tienes miedo de que no te los devuelva? ¿Mi palabra no es suficiente? ¿Es eso? —en ese momento su voz se quebró.

Arthur tamborileó con los dedos sobre la mesa, conteniendo la impaciencia.

—Mira, Stafford, no dije nada sobre tu palabra, o acerca de no recuperar el préstamo. ¿Para qué necesitas el dinero?

Stafford se enfurruñó en el asiento. No miró a Arthur. Un rubor pálido le coloreó las mejillas.

—Quiero comprar una imprenta.

La garganta de Arthur se congestionó de risa. Sin razón alguna, se le cruzó por la cabeza la imagen de Stafford Long arrodillado frente a una prensa de juguete.

El rubor en las mejillas de Stafford se intensificó.

—¿De qué te ríes? —preguntó desafiante.

—En realidad no me estoy riendo —sonrió Arthur—. Pero la manera en que lo dijiste. Por un segundo... ¿Por qué diablos quieres una imprenta?

Stafford se movió hasta el borde de la silla y dijo entusiasmado:

—Tengo todo planeado. Tomaré prestados esos quinientos tuyos, y pediré un poco más a un par de compañeros que conozco, y compraré una prensa manual; ya sé dónde puedo conseguirla... y me mudaré a Carmel, en California, y publicaré poesía.

Arthur lo observó fascinado. Repitió estúpidamente:

—¿Publicarás poesía?

—Por supuesto. Yo me encargaré de todo; la edición, el diseño, la composición, todo. Mi intención es publicar sólo lo mejor de lo que se está escribiendo. Puedo darme cuenta de qué es malo y qué es bueno, ya sabes. Oh, todo saldrá bien, no tienes que preocuparte por eso.

Arthur miró a Stafford con furia y quiso sacudirlo bruscamente, reprenderlo como haría con un chico. Pero no se movió ni habló.

—¿Qué pasa? —le preguntó Stafford—. ¿No crees que es una buena idea? —y siguió beligerante—: ¿qué tiene de malo?

¿Qué podía decir? Sabía que gran parte del entusiasmo irreflexivo de Stafford, el único sustento verdadero de la idea, había desaparecido, y que ahora trataba desesperadamente de avivar las brasas apagadas en un intento de justificación, no ante Arthur, sino ante sí mismo.

Así que Arthur dijo con dureza:

—¿Qué sabes tú de impresión o de imprentas? ¿Qué sabes sobre publicar libros o sobre...?, Dios mío, ¿alguna vez *has visto* una imprenta?

Stafford hizo un gesto con la mano.

—Eso se puede aprender. Sólo se necesita algo de inteligencia, un poco de versatilidad. Más tarde voy a ir a la biblioteca pública. Habrá libros que...

Incapaz de soportarlo más, Arthur le gritó:

—¡Estás loco! —algunas personas los miraron sorprendidas. Bajó la voz y le dijo a Stafford—: Usa la cabeza. Sólo para variar, piensa un poco. Dios mío, ¿tienes cerebro, no? ¿Para qué lo tienes?

Los ojos de Stafford eran un mar de dolor.

—¿Así que no vas a darme una oportunidad? —dijo con tristeza—. Una patada. Nada de ayuda. Nada.

—Mira —dijo Arthur—, no te pateo. No voy a hacer nada. Es una idea loca, pero ésa ni siquiera es la cuestión. Lo primordial son los quinientos dólares.

—No es mucho.

—Quizás no, pero es más de lo que tengo ahora.

Stafford miró el suelo con tristeza.

—Oh, por supuesto, por supuesto, Arthur. Eso es lo más fácil de decir. Supongo que piensas que estás siendo amable.

Arthur apretó los dientes.

—Stafford, no es cuestión de amabilidad, es... Oh, es imposible hablar contigo.

Stafford sonrió con audacia.

—Oh, no importa, no pasa nada, Arthur.

Hubo un largo silencio.

Arthur estalló de pronto.

—Maldita sea, Stafford, ya te dije que no tengo el dinero. Si lo tuviera te lo daría.

Stafford se inclinó sobre la mesa.

—¿De verdad? —preguntó sin aliento—. ¿De verdad lo harías, Arthur?

Arthur respondió agotado:

—Sí, te lo daría.

Stafford se estiró un poco más hasta que pareció que apoyaba el torso entero sobre la mesa.

—Si lo dices en serio —murmuró Stafford—, si realmente lo dices en serio...

—Lo digo en serio.

—Entonces podrías conseguir el dinero, Arthur. Ya sabes, podrías conseguirlo.

—¿Qué quieres decir?

—De tu padre, Arthur. Él te lo daría. Sabes que te lo daría.

Los ojos de Arthur se dilataron ante el impacto, que le recorrió el cuerpo como una onda eléctrica.

—No se negaría, Arthur —continuó Stafford—. Por lo que me contaste, él...

—Cállate, Stafford —dijo débilmente—. Por favor cállate.

—No empieces con eso —dijo Stafford con brusquedad—. No me impresiona. No te haría daño *preguntarle*. Después de todo, parte de ese dinero es tuyo. Me contaste que tu madre te dejó...

Su propia voz le sonó hueca y distante.

—Stafford, te dije que nunca hablaras de eso... que...

—Una vez me contaste —siguió Stafford—. Oh, me enfermas. Deja de *actuar*, ¿de acuerdo? No te *mataría* preguntarle.

—Stafford...

—Tienes *miedo* —chilló Stafford—. Termina de una vez con esa tontería. Pregúntale. ¡Pregúntale!

Arthur no pudo controlar su voz. Temblando, a tientas, quebrado, se las arregló de todas formas para hablar.

—Si no te levantas y te vas, Stafford, voy a...

Stafford habló con desprecio:

—¿Estás tratando de asustarme? Si es así pierdes el tiempo, porque...

Lo primero que encontró la mano de Arthur fue el vaso medio lleno junto a su plato. Antes de que pudiera pensar en nada le había lanzado el líquido a Stafford en la cara. Stafford dio un salto y se quedó parado frente a Arthur, escupiendo, jadeando, sacudiéndose inútilmente la camisa empapada y las solapas mojadas de su chaqueta.

—¡Tú! —tembló—. Oh, tú... —retorcía la cara como si amenazara con desmoronarse—. Nunca... —declaró Stafford—, nunca, nunca volveré a hablarte mientras viva.

Y se dio la vuelta y se alejó furioso con la cabeza alta y el agua que brillaba en su cara como lágrimas derramadas. Arthur lo observó partir.

La rabia se extinguió y lo dejó débil y agitado. Apoyó los codos sobre la mesa y enterró la cara entre sus manos, sacudido por un suave arrebato que era mitad risa y mitad llanto. Trató de detenerlo, pero no pudo. Sabía que la gente lo miraba.

Un dedo le tocó el hombro. Escuchó que alguien preguntaba con cuidado:

—¿Hay algún problema?

Trató de controlar su voz:

—Nada, nada en absoluto. No se preocupe.

—Aquí no queremos problemas.

Se giró, y a través de una bruma que la distorsionaba, vio la cara regordeta y temblorosa que correspondía a la voz incierta.

—Ningún problema—dijo con fuerza Arthur—. No pasa nada, yo...

—Borracho —escuchó murmurar a alguien—. Está borracho.

Arthur sacudió la cabeza ante el tono de esa voz.

—No —se quejó—. No es eso. Sólo déjenme en paz un minuto, voy a...

La cara regordeta que se cernía sobre él se relajó, en un destello de alivio momentáneo, y después se endureció. La voz ya no era incierta sino dura, firme, gerencial.

—De acuerdo. Mejor pague su cuenta y márchese.

La cara de Arthur amenazó con empezar a temblar de nuevo.

—Pero le aseguro que no...

El encargado se inclinó y siseó con malicia a su lado:

—Escuche, ¿quiere que llame a la policía? Dije que se marche.

—Por favor —dijo débilmente—. Sólo un momento.

Arthur trató de poner algo de dinero sobre la mesa. El encargado miró el dinero con rapidez. Entonces dijo:

—¿Qué clase de lugar cree que es éste? —su cara rellena relucía de indignación. Se agachó y tiró con fuerza del cuello de Arthur—. Vamos, levántese.

El encargado chasqueó los dedos a dos camareros que andaban cerca, inquietos. A la señal se abalanzaron sobre Arthur, lo levantaron de la silla, y empezaron a caminar con él hacia la puerta.

Apenas podía hablar, y no lograba hacerles entender.

—Estoy bien —fue capaz de decir al fin—. Esto es innecesario.

Pero lo empujaron por la puerta, y él se quedó acobardado y perplejo en la acera. Sus hombros se convulsionaron, pero de su garganta seca no salió ningún sonido. Después de un rato comenzó a caminar calle arriba. Deambuló sin rumbo, sin saber apenas por dónde iba.